



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ACTORES CÓMICOS  
JULIO RUIZ



Lit. de Brabo. Pasengaño 24 y Madera 8. Madrid

Derrocha que es un primor  
la mucha gracia que tiene,  
y canta, si á mano viene,  
lo mismo que un ruiseñor

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La crochet-manía, por Vidal Azá.—Iniciales, por Eduardo de Palacio.—La boda, por Sinésio Delgado.—La Quintañones, por M. Martínez Barrionuevo.—Presentes, por Francisco Durante.—Seguidillas, por Antonio Aragón.—Bequerización, por Antonio Montalban.—Eso no!, por Julio Martínez Lecha.—Chames y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Julio Ruiz.—Servicio extraordinario.—Precaución inútil, por Cilla.



Todo se nos va acabando: el dinero, la juventud, la ropa, las ilusiones...

Nos quedan solamente algunos edificios de mérito, y unos se caen y otros se queman.

El Alcázar de Toledo es hoy un montón de escombros, según afirman, y aunque los alumnos resultan incombustibles, el pánico ha cundido entre las chicas enamoradas de la juventud guerrera.

Al recibirse la noticia del incendio, hubo el lunes convulsiones nerviosas en algunas casas.

—¿Se habrá chamuscado Manolito?—exclamaba la doncella amante, mesándose los cabellos con desesperación.

—Tranquilízate—decía la mamá.—Hay una Providencia.

—Es que yo oí que a Manolito, y temo que se haya precipitado en las llamas para morir como un héroe. Recuerda lo que pasó cuando fuimos con él al Circo de Price, que se quería meter en la jaula de los leones para que viera el público el valor que tiene.

—Dicen que los alumnos lo han perdido todo.

—¿Todo!

—Y que algunos salieron casi desnudos.

—¿Qué desgracia! De seguro que Manolito no ha tenido la precaución de cubrirse las carnes con la colcha. ¡El que es tan propenso a las enfermedades del aparato respiratorio!

Felizmente no ha habido que lamentar desgracias personales entre los cadetes; pero han visto desaparecer su ajuar, sus libros, sus mechones amorosos.

Quién más, quién menos, todos poseían la trenza perfumada, emblema de un amor correspondido. Algunos guardaban también la fotografía del sér amado. Pelos, cartas, retratos; todo ha quedado convertido en pavesas.

Además, muchos alumnos se han refugiado en las casas de huéspedes. ¡Qué horror! El incendio les ha sometido al tiránico poder de las patronas.

Alguno ha recibido carta de su novia, que dice así:

«Vida mía: Dímelo todo, todo: Dime si estás ahumado, si tienes alguna lesión orgánica, si te ha caído encima alguna teja. Yo te amo más que nunca; pero sufro. Sé que estás a pupilo, y los celos me ahogan, porque las patronas son sirenas que atraen con su canto. Huye de la tuya y no permitas que pose sobre ti su mano pecadora, aunque mañana necesites que te ponga sinapismos ó que te dé fricciones en el cutis.»

¿Qué cúmulo de perturbaciones ha producido el incendio del Alcázar!

¿Y qué discursos nos preparan los diputados de Toledo con tan triste motivo!...

Pero apesar del incendio, el mundo marcha, y la empresa del Real ha dado á luz una nueva ópera: *La Regina di Saba*.

Todos los aficionados de Madrid acudieron el miércoles al teatro, dispuestos á no perder una sola nota, y á acharrarse artísticamente en el paraíso.

Allí estaban las de Fusa, las de Corchea, las de Compañillo, destilando sudor y armonía.

A las seis llegaban á las puertas del regio coliseo veinte

ó treinta mamás, rodeadas de sus frutos atónicos. Iban dispuestas á coger sitio, y á excitar la desesperación de sus rivales; porque al Teatro Real acuden muchas familias que se detestan entre sí.

—Niñas, deprisa, que son las cinco y media—decía una mamá, levantándose de la mesa precipitadamente.—No quiero que se nos adelanten las de Chupandina.

—Pero, mamá, déjanos, al menos, que comamos la ensalada.

—Vosotras todo lo posponéis á los comestibles. Lo mismo era vuestro padre, que en gracia esté, un hambroñ sin freno social.

—Es que después vamos á tener destalecimiento.

—Hacer lo que yo, que llevo siempre un poquito de pan en el bolsillo. Lo que no quiero es, que las Chupandinas nos cojan los asientos de la derecha.

Y la mamá y las niñas se dirigen á la plaza de Oriente, atropellando transeuntes; pero al llegar á las puertas del paraíso, notan con dolor que las Chupandinas, valiéndose de la amistad de un portero galante, ocupan ya los codiciados asientos.

—¿Las veis? ¿Las veis?—gruñe la mamá echando fuego por los ojos.—Allí están las *curtis* esas. Si fuera á valerme de mi genio, las ponía como un trapo.

—Mamá, ten prudencia.

—¿Cuánto apostáis á que también las convidan esta noche los chicos de la delantera? Por eso quería tomarles el asiento.

Los odios del paraíso nacen de estas preferencias irritas. Hay acomodadores de buena índole que guardan los puestos para aquellas familias de su particular estimación, y esto trae tempestades de cólera y protestas terribles.

Algunas mamás de genio violento llegan á decir en el colmo de la desesperación:

—¡Este es un abuso! Esta es una falta de consideración muy grande, con quien, como nosotras, damos mucho dinero á la empresa... Y pienso decirle á mi yerno que ponga un escrito en los periódicos. Mis hijas valen tanto como las que más. Y son de mejor familia que muchas!

En suma: la *Regina di Saba* ha hecho sudar á toda una generación de señoritas líricas, que tienen su natural é incomodo asiento en las alturas.

Y ha hecho brotar en muchos corazones la llama del amor; porque aquellas apreturas ocasionan frecuentes matrimonios que nacen en el paraíso y mueren en el hogar doméstico á manos de las suegras.

\*\*

Hay un destino fatal para todo el que nace periodista.

Aparte los horrores de una redacción, las exigencias de los amigos, las escaseces de los editores, existen otros varios infortunios que reserva el hado á todo aquel que emborriona cuartillas.

No hace mucho tiempo que un honrado escritor moría á manos de un asesino. Hace pocas noches, otro escritor no menos apreciable estuvo á punto de ser víctima de otros malhechores.

¿Qué es esto? ¿Se quiere acabar con nosotros?

Bueno es que sepamos á qué atenernos, porque á decir verdad, por mucha que sea nuestra desesperación, no quisiéramos dejar este mundo todavía, y en último término, mandaremos que nos hagan una coraza para cuando tengamos que salir á paseo.

LUIS TABOADA.

## LA CROCHET-MANÍA

Mi amiga Paeta Serret, esposa de Pedro Amat, es una especialista en trabajos de *crochét*.

No se le resiste á Paeta ningún dibujo que vea, pues por difícil que sea ella en seguida lo saca.

¡Tiene una afición pasmosa! y tan entregada está á estas labores, que ya no se ocupa en otra cosa.

Sentada junto al balcón sin pestañear apenas, y gastando por docenas los ovillos de algodón,

Las horas muertas de pasa  
—horas que son muy ociosas—  
pues que descuida otras cosas  
muy necesarias en casa.

Ayer me encontré á su esposo,  
y al preguntarle galante  
por su señora, al instante  
me contestó muy furioso:

—Voy á la fonda á comer!  
¡Si es preciso ser un héroe!  
¡Hombre; no sé cómo aguantar  
las cosas de mi mujer!

Llegué á mi casa á las siete,  
pedí la comida y me quedé  
mi esposa estaba en el  
en el flico de un tapete...

Me he cansado de esperar;  
por no armar gresaca allí,  
y ahora me voy por ahí  
á comer y á no rabiar.

¡Nadie pasa lo que yo!  
¡Qué mujer!... ¡No puede ser!  
¡Aquello ya no es mujer,  
ni Cristo que lo fundó!

Parece—cítame usted—  
que por mi negra fortuna  
estoy casado con una  
máquina de hacer crespes.

No descansa en su labor  
ni de noche ni de día...  
tiene una *crochet mania*  
incurable, si señor.

Sin oír las quejas mías,  
derrocha nuestros ahorros  
en colchas, tapetes, gorros  
y ficos... y tonterías.

No hay nadie en la vecindad  
que no tenga ya de sobra  
en su casa, alguna obra  
de mi insufrible mitad.

¡Que Rufina la vecina  
va á casarse el mes que viene!

Pues ya mi señora tiene  
la colcha para Rufina.  
¡Se va la del principal!  
Pues mi mujer le regala  
los visillos de la sala  
y un tapete colosal.

¡Qué ha parido Micaela!  
Pues un gorro para el torro,  
y por acabar el gorro,  
se pasa la noche en vela.

¡Qué lá del tercero ansia  
ver sí con Paquita saca  
un cuadro!... Pues ya está Paquita  
ocupada todo el día.

Y le da á la del tercero  
con mi algodón la lección,  
como si á mí ese algodón  
no me costase el dinero!

¡Habrá mujer más obtusa!  
¡No está haciendo ¡la muy rara!  
treinta y cinco colchas para  
los chiquillos de la Inclusa!

¡No he de estar desesperado  
viendo que yo, su marido,  
llevo el gabán descosido,  
y el pantalón tan rozado!

¡Dígame usted la verdad!  
¡Hay suerte como la mía!  
¡Por supuesto, que yo un día  
hago una barbaridad!

No es fácil, si yo me irritó,  
que de mí mismo responda...  
En fin, me voy á la fonda  
porque ya tengo apetito.

Pero antes, permita usted  
que le aconseje una cosa:  
No tolere usted á su esposa  
que se dedique al *crochet*.

Quitele usted decidido  
esa pícara afición;  
¡míe usted que el algodón  
puede costarle un sentido!

VITAL AZA.

INICIALES

Dicen las gentes que las cifras y... no sé cual otra cosa, son  
para los que los ponen.

Pero con más razón puede decirse esto hoy que ayer.

Agotado el repertorio de letras góticas y chinescas, ahora se  
vuelve loco el dibujante para inventar tipos de letra nuevos y  
originales.

Precisamente en la época de las traducciones declaradas y de  
las ocultas, no se oye otra palabra en literatura y en artes, que  
la palabra original.

Es verdad que no se habla de salud sino cuando falta, y de  
dinero, sino cuando se carece de tan importante *facultad*.

Desde que empezó el uso ó la resurrección del tipo de letra  
elzeviriano, la lectura se ha hecho dificultosa tarea aun para los  
que en otro tiempo sabían leer.

Para los que no distinguan la o de la x, continúa todo lo  
mismo que estaba.

Habrán VV. visto en las muestras de algunos establecimien-  
tos de comercio inscripciones egipcias, proverbios chinos, y  
máximas indias.

Suprimido el escaparate, sería imposible enterarse de la clase  
de comercio á que ha sido dedicado el establecimiento.

En una sastrería de Madrid, se leía:  
«Magdalenas y Cobertores.»

Pero el pintor había intentado pintar:  
«Modas de París y Londres.»

Una modista anuncia en su establecimiento:  
«Mad. Teresa, modista.»

Y el transeunte lee:  
«Mal te veo, marmolista.»

Son jeroglíficos los letreros que pujan en algunas portadas  
los artistas del ramo.

Pero donde el capricho de la originalidad excede á la previsión  
humana, es en las iniciales bordadas en casa.

Las muchachas son, hoy como ayer, y mañana serán como  
hoy, dadas á la fantasía.

Iniciales bordadas por una chica romántica, son legibles.  
Ya se sabe, palomas, tortolas, gorriones y otros pajarillos po-  
sados sobre las letras, constituyen el adorno.

Si son románticas lloronas, bordan arbolitos, sauces, por  
ejemplo, cipreses.

—¿Para quién es ese pañuelo?—preguntaba yo á una de éstas.  
—Para Ricardo—me contestó vomitando las palabras entre  
sollozos, suspiros y otras suciedades.

—¿En qué se ocupa ese chico? ¿Es sepulturero?  
—¡Jesús! ¡qué cosas ocurren á V.! Es funcionario; vamos, está  
empleado.

—¿En qué sacramental? Hija, un pañuelo bordado como ese,  
más parece que regalo aquella frase de los hermanos capuchi-  
nos, ó mostenses, ó lo que fueran; «Morir habemos,» expresada  
en jeroglífico.

Las caprichosas, las fantásticas, por lo alegre hacen de cada  
letra un enigma.

He presenciado cuestiones graves entre marido y mujer, por  
causa de un pañuelo que bordó la esposa.

El hombre tenía en su nombre y apellido las iniciales O y C.  
La caprichosa señora las bordó enlazadas en un tipo verda-  
deramente original, y resultó esta combinación:



Lo cual que al marido pareció una cifra excesivamente turca,  
y se dió por aludido.

—No volverás á verte en otra—repetía indignada la esposa.  
—Es que no hubiera querido verme ni en una.

—Si en lugar de haber sido tu mujer quien te ha bordado ese  
pañuelo hubiera sido alguna amiga, te habría parecido inmejo-  
rable. Pero descuida, que no te daré la petaca, ni los tirantes,  
ni las babuchas que te he bordado, para no exponerme á otro  
desaire.

—Pues me dará V. todo eso: no faltaba más.  
—Pues no.  
—Lo veremos.

Cuando terminó la batalla y el marido vió los tirantes, estuvo  
á dos dedos de estrangular á su señora.

—¡Infame! ¿Por esto me ocultabas tu obra?  
En un tirante había bordado un sombrero de picador, y en  
otro la media luna.

Precisamente el hombre era enemigo rabioso de las corridas  
de toros, y protector de animales vivos y muertos.

EDUARDO DE PALACIO.

LA BODA

Con un frío de mil diablos  
metido hasta las entrañas,  
tras una noche de perros  
y en un carrillo de varas,  
llegué á casar á Perico  
ayer hizo una semana.

Fué el novio mi compañero  
en ciertas épocas malas,  
me quiso y me quiere mucho,  
y yo no le voy en zaga,  
de modo que al recibir  
la noticia en una carta,  
aunque aquel bendito pueblo  
está en un rincón de España,  
cogí mi gorra de viaje,  
bien pesetas y una manta  
y me lancé como un rayo  
á través del Guadarrama.

Es B... ¡llamémosle B...)  
un montoncito de casas  
situado en una cuesta  
escabrosa y escarpada,  
y encerrado en unos muros  
como una nuez en su cáscara.  
Le vi cubierto de nieve  
que, como algodón en rama,  
lentamente descendía  
jaspando las murallas,  
y parecíame entonces  
marmóreo cuerpo sin alma  
ó el cadáver de una aldea  
rebujado en una sábana.  
¡Y sin embargo, allí dentro  
viven hombres que trabajan,  
comen, beben, ríen, juegan  
y, por lo visto, se casan!

El, con su ropa flamante,  
camisa recién planchada,  
botas de charol ceñidas  
y sombrero de copa alta;  
ella, con el ramo al pecho,  
muy ruborosa y muy guapa,

las convidadas con lazos,  
plumas, cintajos y bandas;  
los convidados luciendo  
los embozos de las capas;  
ellos, recién afeitados;  
ellas, recién empolvadas,  
y yo, como casi siempre,  
con barro hasta las pestañas,  
salimos hacia la Iglesia  
sin hablar una palabra,  
como si el acto solemne  
nos encogiera las almas.

Estaba el pueblo á la puerta  
esperándonos en masa,  
que hay boda de señoritos  
cada veinte años, y gracias,  
y es una función aquella  
que no se pierde aunque caigan  
capuchinitos de bronce  
sobre el curioso que aguarda.

Además, que el caso ofrece  
ocasión pintiparada  
de decir barbaridades  
y bromas de más de marear.  
Yo, arrollado por la turba,  
me quedé en la retaguardia  
entre un pelotón compacto  
de mujeres deslenguadas,  
que me pusieron de perlas  
y como ropa de Pascua.

—Diga usted, señá María,  
¡pa qué han traído esta espantina!  
—¡To! será pa que se pueda  
revolver la limonada.  
—¡Místele qué cara tiene!  
—¡Madricá! ¡si da una ístima!  
—Está tífico del pecho.  
—¡Si fué ese el novio, arriada  
iba la chica!

—Dejátle,  
que si gritás se desmaya...  
Entretanto, allí en el atrio  
los dos muchachos juraban

# SERVICIO EXTRAORDINARIO



Al guardia núm. 2.111 se le figura que cierta casa de la calle de la Esperancilla huele demasiado á tabaco.



Por lo cual procura indagar algo, sonsacando mañosamente á la portera.



Crece sus sospechas y no puede menos de avisar al cabo.



Que, á su vez, lo pone en conocimiento de la superioridad.



El Director general ordena que se haga lo que se pueda buenamente; pero con precaución y energía.



Y duerme tranquilo.



Aquella noche, alabando su celo, le dan un bombo los periódicos ministeriales.



Entretanto, el cabo comunica sus instrucciones á los subalternos, que se acercan sigilosamente á la casa.



En efecto, allí huele á tabaco.



Pero en vano registran los pisos inferiores.



Y los superiores.



No encuentran nada, absolutamente nada.



Hasta que se averigua que lo unico que huele á tabaco es el propio número 2.111, que lo gasta de colillas.

quererse mucho y de veras entregándose las arras y mirándose las mecas tras un velo de esperanzas. Hubo bendición y misa, que á mí se me hizo muy larga, más que por la ceremonia, sencilla, solemne y santa, por el dante del *entusiasmo* con honores de carraca. Y ya casado el buen Pedro, volvimos hacia su casa rodeados de chiquillos y zagalones con harpas que silbaban á los novios como si vieran un drama. Apenas se disponía toda la gente invitada á asaltar un par de torres

de almendra, guirlache y tarta, que en las mesas protegían un reducto de viandas, se armó en la calle un estruendo mayor que el de una batalla. Ruidos golpes á las puertas, voces, silbidos, patadas, bajadas de nieve que vienen á romperse en las venanas; en fin, una algarabía, que es en el centro del África.

—¿Qué es eso? (pregunté á uno.)  
—Los chicos que se entusiasman.  
—¿Pobrecitos! ¿qué quieren?  
—Que les echen avellanas.  
—¿Humbré, no; lo que ellos piden no es eso.

—¿Pues qué es?  
—¡Cebada!  
SINESIO DELGADO.

## LA QUINTAÑONES (1)

Serían las ocho ó poco más de una noche de estío, el momento en que las dos entidades, médica y jurídica, departían acaloradamente en el despacho del respetable Sr. Quintañones.

La luna era clarísima; caían sus luces como blanda caricia prolongada sobre las extensas vegas que rodean el lugar, miraba Estrella con beatífico recogimiento desde la ventana de su habitación aquella fértil campiña, limitada acá y acullá por pequeños caseríos, como fantasmas silenciosos cubiertos de sudarios blancos; veía la carretera, acabada de construir por entonces, recta, larguísima, destacándose del color pardusco y arcilloso de los otros terrenos, pareciendo mancha blanquecina que se estiraba hasta perderse entre las sombras de unos árboles y aparecer de nuevo cerquita de la playa, cual si las frondosas copas fueran suncho de unión y amarre de la carretera hecha pedazos; á la izquierda del camino, enorme cañada, cubierta de vides y romeros, matajos enormes y grandes higueras. Lamábase la cañada de la monja; en uno de sus bordes había un pozo que surtía de agua á casi todo el pueblo; sacaban agua en aquel instante, y el chirriar de la garriucha vibraba en el corazón de Estrella como ¡ay! prolongado; allá, más lejos del pozo, dormía Pacurra, el guardián del rebaño del alcalde; más allá de su choza, follaje espeso, gruesas encinas, el puentecillo de la monja, sostenido por un borde y otro de la cañada, y más allá la sombra, hasta donde llegaba la vista de Estrella como al fondo de negra sima; á la izquierda, de la carretera, sombríos barrancos; al pie de los montes, espesos cañaverales que se mecian en silbo tenue; más acá, las tapias blancas y las salientes cruces del cementerio, y por último, como anfitrión venerable, bolsa repleta de historias terribles de ahorcados y duendes, los muros verdinegros y esportillados, los tabiques caídos y las techumbres rotas de antiguo convento en ruina.

Posaba Estrella su mirada dulce en toda la extensión fantástica que á favor de la luna descubría; amante de la soledad y el silencio, impresionable sin embargo la contemplación de aquellos lugares, experimentando cierta comezón que se daba de testarazas con sus esperanzas de próximas felicidades y sus fantasmagorías juveniles.

Estaba en esto, y ya metida en ganas de abandonar aquel sitio, cuando su pecho fatigoso respiró más libremente, al percibir entre el rumor de la noche silbido grato.

Expresando su placer en un ¡ay! que le brotó de lo profundo del corazón enamoradísimo, se quitó de la ventana y con ligereza de sílfide, pero eviando hacer ruido, atravesó habitaciones y descendió escaleras.

Se encontró al fin en una especie de covacha negrísima, nido, no de amor, sino de ratas y muebles viejos; avanzó á tientas, tropezando y latándole el corazón fuertemente, y abrió también á tientas otra ventana; la luna se coló de pronto en chorros de luz que bañaron á la doncella en oleada suave, semeñando el hada de los cuadros mágicos. La Quintañones no se fijó nunca en los efectos de pequeñeces tales, para cautivar novios; siendo tal vez ella misma una excepción, por su carácter, su figura y su temperamento, era, por el contrario, natural en todo: ser amada de Jaime, amarle mucho, ya está, sin reticencias ni cálculos ambiguos.

Abrió la ventana, digo, y mirando ansiosa todo lo que su

vista alcanzar pudo, exclamo con lentitud y como saboreando cada una de las sílabas con deleite divino:

—¡Jaime!

Se oyeron pasos y apareció el novio.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

## ¡PRESENTE!

Al pie del monte Gabarga, donde llegué el diez y nueve, bajo una poca descarga de granizos y de nieve, mi presentación así...  
¡Vaya una presentación! ¿Qué habrán pensado de mí en Madrid y en Alcorcón, donde ya estuve? (y no yerro si digo que no fué en balde, porque he asistido á un entierro y me conoce el alcalde.) ¿Qué habrán pensado, repito, en un punto y en el otro, al ver ese articulo que me acompaña en un potro, aunque son honras los fines? Yo confieso la verdad por la calle de Jardines, esto es, por la vecindad, que me admira aunque me alabe yo al decirlo de honor lleno) y me quiere porque sabe que rido con el sereno, siento esas cosas... ¡cocosas me Aramis quiso escribir, porque, francamente, hay cosas que no se pueden decir... Que si yo tengo un abrigo: que si al salir de la Habana me hicieron—cuenta mi amigo—una ovación soberana. Que allí las gentes decentes me quieren de veras, ¡mucho! que aquí se asombran las gentes de verme tan paliduchó; y les llama la atención también á mis amistades...

Tiene esa presentación muchas interioridades. También dice—y ya estoy harto de leerlo ¡vive Dios!—que debo ponerle un cuarto á una modista ¡ó á dos! Y de un modo terminante, al concluir, se destapa (aquí obliga el consonante) con que me compre una capa. Pues bien, sin ningún reparo, porque no tengo ninguno, digo, confieso, declaro, (pues todo viene á ser uno) que tiene el articulo gracejo y sai, porque si, aunque no importe un pitillo lo que se diga de mí. Que si me arropo. ¡Soy casto quizá demasiado, es justo... ¡Si en el abrigo que gasto me encuentro muy á mi gusto! De la Habana nada digo: bastan sus afirmaciones; porque ya sabe mi amigo que el que guste de ovaciones ha de ser, no periodista, que esto poco vale allí: diputado autonomista, ó torero, ó cosa así. Cuanto á modistillas... no me dejo yo dar el micó... ¡Ponerles un cuarto yo! ¡Ni siquiera un perro chico! Que aunque las he celebrado porque son ellas muy bellas... ¡Allá Sinesio Delgado que tiene partido entre ellas!

FRANCISCO DURANTE.

## SEGUIDILLAS

Miró el amor un día tus ojos bellos, y desde entonces llora su atrevimiento; pues al mirarlos quedó ciego de envidia y enamorado.

Su ceguera bendice, pues compasivos le sirven tus ojos de lazarillos; y de este modo hace más con los tuyos que con sus ojos.

Cuando el amor pretende tirar sus flechas, sus arcos más seguros son tus dos cejas.

Así no extraño que por ellas heridos suspiren tantos.

Son, niña, tus pestañas flechas agudas que al corazón dirigen sus finas puntas: amor las mueve, por eso el que las mira de amor se muere.

Las he visto, y de amores herido lloro ¡Ay! ¡quién tuviera, niña, tus dulces ojos! Si fueran míos, me amaras con extremo por no afligirlos.

ANTONIO ARAGÓN.

## BECQUERIANA

Alguna vez la encuentro por las calles y pasa junto á mí luciendo tantas joyas, que pregunto: ¿qué hará para ir así? Luego miro al chaquet que llevo puesto y exclamo con dolor: ¡Tal vez con su joyero haga lo mismo! — que con mi sastrero yo!

ANTONIO MONTALBÁN.

(1) Capítulo V de la novela del mismo título publicada recientemente.

(1) Copia del artículo «Presento á ustedes».

## ¡ESO NO!

Marta, mi vecina, es chica muy joven y laboriosa. Como hermosa, ¡es muy hermosa! y como rica, ¡es muy rica!

En cuanto escucho su voz me entusiasma mi vecina.

Y ¡qué carita tan fina sin gastar polvos de arroz!

Es un tipo distinguido, y tanto me ha impresionado, que yo estoy enamorado y casi loco perdido.

Para probar mi pasión, que llega á la idolatría, diré que me paso el día derecho, en el balcón,

suspirando una mirada de la que aturde mi ser y ¡tan fresco! sin comer absolutamente nada.

Si sigo esta vida, al fin, sin poderlo remediar, sé que me voy á quedar lo mismo que un espadín.

Antes de ayer, cuando había en su casa la labor,

noté en ella mal color y no la vi al otro día.

—¿Será que está enferma Marta?— dije yo. —¡No es mal asunto!

Y lo estará, de seguro, por no recibir mi carta. —

—Por eso, desesperado, soñando mil visiones, la escribí cuatro renglones en un pliego satinado;

bajé á escape la escalera, á casa de Marta fui, y atento, me dirigí á su señora portera.

—Muy buenas. — Buenas. — Yo quiero, aunque sea un sacrificio, que me haga usted un servicio.

—Sepámoslo, caballero.

—Mi mal usted lo remedia.

—En lo que pueda servir...

—Pero... usted no ha de decir ni una palabra, ni media.

—Prometo cumplir su aviso. ¿Qué me quería mandar?

—Pues... solamente entregar esto á la del primer piso.

Ella es el bien que yo ansio, la que yo amo delirante,

la que... si no soy su amante me voy á tirar al río;

la que me causa dolor, la que sólo mi alma adora...

¡Nada! Me mato, señora, si llevo á perder su amor.

—No, pues yo no la daré la carta y evito males.

—¿Y si le doy veinte reales?

—¡Ah!... Tómelos usted.

—Se su marido se enfada...

—¡Cielos! ¡Marta me ha olvidado!

—¿Qué Marta? ¡Si se ha mudado y vive aquí una casada!

—¿Marta se fue? — Se lo juro...

—Pues venga el duro. — ¡Señor!...

—Me quedará sin amor, pero ¡juro que es sin el duro!

JULIO MARTÍNEZ LECHA.



Nuestro queridísimo amigo y compañero D. José Estremera, es víctima de larga y penosa enfermedad. Excusamos añadir que hacemos votos por su pronto y completo alivio.

Reciba, entretanto, la expresión más sincera del sentimiento con que en su dolor le acompañan sus amigos de veras.

Nuestros empleados:

Un oficial de un Ministerio va á ver á un doctor de fama.

—Vengo á decir á V. que padezco de insomnios.

—Veamos qué es lo que siente V.

—Pues, llevo á la oficina, quiero echar un sueño sobre el pupitre y ¡nada! me despierta la conversación de los compañeros.

—Socorro á los inundados,

decía un cartel tremendo

colocado en la fachada

de un ilustre Ayuntamiento.

—Vengo á que se me socorra,—

dijo un borracho del pueblo.

—¿También eres tú inundado?—

preguntó el alcalde.

—Cierto—

contestó el hijo de Baco.—

Soy inundado... por dentro.

Los dos cantares publicados en el número anterior, en la sección de *Chimes y cuentos*, y que empiezan:

Amé siendo niño

amé siendo joven... etc.

nós fueron remitidos por D. Ricardo de Anóvar Alcaraz.

Por un olvido involuntario no apareció la firma al pie.

Conste.

Un tenor silbado juega al billar con un periodista.

—Esa jugada ha sido pura casualidad—dice el segundo.

—Pues la he tirado—contesta el primero.—Y para convencerle á V. cantaré todas las jugadas.

El periodista alarmado:

—No, no, por Dios; no cante V.

✱

—¿Qué me dice V. de *Las mujeres que matan*?

—Que no llegará la sangre al río.

—¿Pero, matan efectivamente?

—Sí, señor; matan el idioma.

✱

Libros recibidos:

*Ocios literarios* se titula una colección de artículos y poesías originales de D. Antonio Chapuli y Navarro.

Andrés Mellado dice en el prólogo: «Hay en este libro un puro ambiente de juventud y de inspiración, más espontaneidad que estudio, y un alarde simpático de las galas del ingenio nacional.» Eso mismo decimos nosotros.

*La mujer*, canto épico de D. Rafael Abellán. Es un lindo poema en quintillas, cantando las excelencias de la mitad más bonita de la humanidad. Es decir, que todo el mundo está conforme con el Sr. Abellán.

*Retazos* es una colección de poesías festivas del notable poeta segoviano D. José Rodao, colaborador de nuestro periódico y joven de dotes relevantes. ¡Sea enhorabuena, don José!

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. R. A.—Alcaraz.—Lo de la tempestad tiene un final vulgarísimo, y lo de la envidia, tiene poca punta.

*Al de las copias*.—Bilbao.—¿Por qué no copia V. la historia universal de Cante?

Sr. D. V. M.—Valladolid.—Sería soneto, si todos los versos fueran endecasílabos de verdad.

*Chime*.—Córdoba.—¿Es esa la sandunga cordubesa?

¡Cá! no deje ser esa.

Sr. D. M. G.—Vitoria.—Bueno, pero no tiene *chir*. Es un género pasado de moda.

X. X.—Madrid.—También podría tener más *chir* del que tiene.

*Mar. de*.—Es un poco defectuosa la forma. Se ve la falta de práctica.

N. Y. Z.—Segovia.—¡Miren qué diantre! También hay guasonicos en Segovia.

*Un hipotético*.—No sé cómo no se preocupó.

Sr. D. J. C. D.—Madrid.—Está contestada á J. C. en el núm. 198.

*Abuelito*.—Serviría el último epigrama si estuviera más claro el *calambour*.

*Ninguno*.—Cáceres.—Poca cosa.

Sr. D. A. T. M.—Es una seriedad que no encaja aquí.

*Lord Phi*.—Soneto del sistema antiguo.

*Scápula*.—Sevilla.—Hace mucho tiempo que pedí la firma para esos cantares.

*Lord Belos*.—Langreo.—Eso sirve sólo... para decirselo al oído á la novia.

*Martin Pucador*.—Aquí no hay predilecciones de ninguna clase, y no sirven recomendaciones, ni de la familia... ¡Ah! Los versos de V. son bastante malos.

*Arcaico*.—Pero si no tiene V. idea de la versificación! Si el periódico no se reparte con puntualidad, crea V. que no es culpa mía.

Sr. D. M. G.—Madrid.—No, si lo gracioso sería que se hubiera puesto ronca de gritar en casos idénticos.

*Atlántico*.—Mal medidos. *Casa* y *corona* han roto definitivamente sus relaciones como consonantes.

*Setenta y dos*.—Eso debe ser verdad pero... los versos son medianos.

Sr. D. R. K. V.—Haga V. eso mismo más *casto*.

*Fouerdón*.—Ni la idea es original, ni la forma es correcta.

*Juan Lanús*.—Deje V. en paz á los vecinos que tocan el cornetín. Todo el mundo les ha puesto ya de oro y azul.

*Estalpo*.—Madrid.—Cuida V. poco su *estilpo*, y la letra.

Sr. D. S. C.—Madrid.—Tiene V. razón, pero eso no viene á cuento.

*Mataiete y compañía*.—Maldita la gracia que tienen VV.

Sr. D. A. V.—Madrid.—Es flojita, por la forma especialmente.

Sr. D. G. S.—Bisimbre.—Es necesario que pida y remita una segunda.

Sres. D. M. M. y P. M. (Del comercio).—Valladolid.—Aunque los recibos expedidos á VV. vencen en fin Diciembre, quedan suscritos hasta Abril del 88 como indemnización por el *Político*.

*El hombre libre*.—Santander.—Quiere ser epigrama y no lo es.

*Mutis*.—Madrid.—Es fuerte como una lata de petróleo.

*Abenjuzepe*.—Valladolid.—*Gastado*, y *formas* y *personas* no se saludan como consonantes.

*Sanguijuela*.—Tres tonterías distintas y una sola cuartilla verdadera.

*John Birch*.—Ambas cosas malas.

*Pero Mato*.—Bastante malas las seguidillas, y... afectos á la Gobierna.

*Terulliquit*.—Alicante.—Es lástima que descuide V. tanto la forma.

*Babuchitas*.—No me toque V. la marina... ni á las suegras.

*Legna*.—Comedoc. —Licenciado en *brutología* (¡qué bonito pseudónimo!) —*El del Norte*.—G. B.—Madrid.—No sirven. No me extiéndalo porque no hay sitio.

# MADRID COMICO

## PRECAUCIÓN INÚTIL.



Voy a escribir al Ministro de Hacienda participándole que por mí no tenga inconveniente en retirar de la circulación las monedas de 20 reales comprendidas en el decreto de 1868.

### ANUNCIOS

#### MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publican los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

#### PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'00 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

#### PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones a fin de mes; se suspende el paquete a los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Todas las comunicaciones al Administrador.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL  
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA  
CHOCOLATES  
ACREDITADOS CAFÉS  
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
Y PARA SU DIRECTOR  
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR  
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878  
TES.—TAPIOCA.—SAGU  
BOMBONES FINOS DE PARÍS  
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20  
Sucursal..... Montera, 8  
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

#### ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, coneniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá a los precios siguientes:

Sin encuadernar.....	20 pesetas
Encuadernado en tela.....	25
Cartulinas sueltas (cada una)...	0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, a medida que se vayan publicando.

A librerías y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.